

Problemas de localización: espacio, territorio, región y red en investigación social.

De Grande, Pablo.

Cita:

De Grande, Pablo (Agosto, 2009). *Problemas de localización: espacio, territorio, región y red en investigación social*. XXVII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS). Asociación Latinoamericana de Sociología, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/pablo.de.grande/17>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/pcWP/b6B>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Problemas de localización: espacio, territorio, región y red en investigación social.

Autor: Pablo De Grande / pablodg@gmail.com (UNQ/UCA)

INTRODUCCIÓN

En el presente trabajo se revisan algunos abordajes relativos al problema del espacio como dimensión relevante en la investigación de ciencia social y su relación con el estudio de las redes personales.

Varias de estas perspectivas operan sobre el espacio desde una iniciativa específica, que es aquella de hacer operativo el concepto de región. La región funciona en tal sentido como disparador y punto de partida para la reflexión e instrumentación de lo espacial como plano de mayor abstracción. Trabajando la categoría de espacio desde la región se establece un puente posible (entre otros) entre la categoría abstracta y el objeto histórico en estudio. Al decir que se trata de un puente ‘posible entre otros’ se da cuenta de la posibilidad de tratar el espacio desde otras categorías no necesariamente territoriales (ej. espacios abiertos / espacios cerrados; espacios privados / espacios públicos; espacios transitados / espacios no transitados).

La categoría de región busca al espacio como un plano de territorio (nivel intermedio de la estrategia espacio→región) a subdividir en un conjunto de partes excluyentes y extensivas al todo particionado. De este modo, podría decirse que cada región (cada categoría regional, cada región nombrada) ‘personifica’, se hace cuerpo, de una fracción del espacio total estudiado, visto como un plano extenso. Al ser ésta (la región) un fragmento de territorio, se aplican a ellas todas las distinciones que son posibles para el espacio territorial en su totalidad: es mensurable en un sistema coordenado, dos objetos no pueden ocupar dentro de él una misma ubicación, y en lo que hace a su ocupación, dispone de recursos naturales y humanos dentro de los que la vida transcurre o puede transcurrir de ciertos modos.

De esta forma, la región muestra dos interrogantes independientes desde sí: en primer el lugar, el de su construcción, es decir, la exégesis del camino por el cual un conjunto de personas llama región a un cierto espacio de territorio definido por unas fronteras particulares. Por otro, la cuestión de cómo ese territorio ya delimitado es incorporado como sustrato necesario pero maleable a la vida humana, es decir, el interrogante sobre la relación espacio-hombres (en sentido genérico), sea como una relación de mutuo condicionamiento, sea como una relación de dependencia del hombre con los recursos, o por el contrario como una relación de construcción social del espacio en el cual el territorio funciona como ‘tabula rasa’ de un imaginario comienzo tras el que hombre procede a llenarlo de un contenido (de sentido, de objetos, de personas).

Para la primera parte, en que se aborda la problemática del espacio, se sigue la estrategia expositiva seguida por Panaia (2005) tomando sucesivamente los conceptos de espacio, territorio y región. En la segunda parte, se combinan las reflexiones expuestas con la temática de las redes personales.

ESPACIO

El espacio como tal aparece en la sociología tanto en sus formas de espacio físico, geográfico, como en la representación del espacio social. Desde la geografía, este problema también se encuentra tempranamente al incorporarse la dimensión humana, y desde ella la cuestión de cómo se produce la interacción y conceptualización de lo espacial (el espacio ocupado) y el hombre.

Jean Brunhes, escribía:

“Hay que salir pues resueltamente de las generalidades y de las relaciones vagas entre la naturaleza y los hombres. Es necesario buscar el porqué de estas conexiones. Si los hechos naturales tienen una cierta acción sobre las aptitudes o las vocaciones de los grupos humanos, es porque hay hechos intermediarios, hechos de pesca o de caza, hechos de cultivo, hechos de enfermedad, etc., en los que se revela el contacto entre las actividades terrestres y las actividades humanas, y mediante los que puede explicarse la influencia de las primeras sobre las segundas”. (Brunhes 1982:254)

Aun antes, Engels observaba para los ámbitos urbanos un efecto adicional a aquel del espacio como condicionante de índole natural: esto es, la realimentación producida a partir de formas y usos del espacio que el hombre se da a sí mismo. Cuando en 1845 publicaba el resultado de sus estudios sobre las condiciones de vida de los obreros en Inglaterra, decía:

“La ciudad está construida de modo que puede vivirse en ella durante años y años, y pasearse diariamente de un extremo a otro, sin encontrarse con un barrio obrero o tener contacto con obreros... Esto sucede principalmente por el hecho de que, sea por tácito acuerdo, sea con intención consciente y manifiesta, los barrios habitados por la clase obrera están netamente separados de los de la clase media...” (Engels, en Gravano 2005:20).

Esta observación es de especial interés en el sentido en que hace del espacio un efecto y un producto del proceso histórico. Gravano comenta sobre Engels que ‘critica el caos urbano partiendo de la base que es el resultado de una lógica históricamente construida, causada por el orden social capitalista industrial y no tipificándolo como “desorden” anárquico. Para él (...) el caos urbano tiene una explicación, que reside en el sistema social y económico que lo produce, y no constituye una realidad *en sí*.’ (Gravano 2005: 20).

Entre las miradas sobre el uso del espacio físico –y en cierta continuidad con las tempranas preocupaciones de Engels– destacan todo a lo largo del siglo XX los estudios sobre segregación residencial¹ y pobreza urbana. Patrones y tipos residenciales dentro de espacios urbanos han sido contemplados a través de medidas cuantitativas que tienen con frecuencia arreglo a condiciones de distancia física (alta concentración habitacional y económica) cuya presencia es asociada a condiciones y consecuencias de carácter social (acceso a la educación, empleo, seguridad física, entre otros).

El espacio físico opera también otras veces como referente respecto al cual se ponen en cuestión marcos explicativos que operacionalizan fenómenos como construcciones que operarían en un mundo ideal (en el sentido de abstracto) sin limitaciones materiales que sean

¹ ver Massey y Denton (1988), Michael, W. (1983); sobre trabajos en Latinoamérica una reseña representativa se encuentra en Peláez (2006).

relevantes de explorar. Si bien las limitaciones materiales exceden el problema del espacio, éste sirve como punto de partida para hacer concreta la representación de los actores y la naturaleza de las explicaciones que de ella se puedan derivar. De este modo, el análisis de un barrio puede plantearse ya no sólo observando los discursos que operan entre sus habitantes, sino también a partir de cómo la localización de estos habitantes y su acceso/no acceso, cercanía y lejanías físicas a recursos estratégicos, influyen en la construcción de esos discursos y dan cuenta a la vez de aspectos que no por no reflejarse en tales discursos pueden ser descartados o ignorados.

El espacio social, a su vez, aparece en relación con el problema del concepto de espacio en sociología. En Blau (1964), así como en los trabajos de Merton y Lazarsfeld, aparece desde mitad del siglo XX, un esfuerzo por formalizar mediciones de atributos individuales como ‘dimensiones’ en las que estos atributos se localizaban, integrando estas dimensiones en un espacio totalizador, llamando a esta construcción analítica ‘espacio social’. En él, las personas que manifiestan creencias diferentes se encuentran alejadas unas de otras, y aquellas con creencias similares se encuentran próximas entre sí. Dentro de esta construcción analítica de un espacio social multidimensional, el espacio geográfico puede ser incorporado como una dimensión más, a ser puesta a prueba como elemento explicativo. Así, el espacio social de análisis de condiciones laborales puede ubicar a las personas tridimensionalmente en una escala de calificación, en un registro de edades y en una medida de cercanía en kilómetros al centro urbano más cercano.

Otro uso del espacio social que procuró mantenerlo en dialogo con el espacio físico, es el dado por Bourdieu. La definición de espacio social en Bourdieu viene ligada a la cuestión de la clase y la existencia de ‘campos’. Retomando una de las definiciones de campo, puede verse el campo como un ‘espacio de posiciones’, un ‘sistema de posiciones que organiza un espacio de cortes posibles, una estructura que determina la forma de las interacciones’ (Fabiani 2005: 93-94). Dicho esto, “el espacio social es un espacio pluridimensional de posiciones, donde toda posición actual puede ser definida en función de un sistema pluridimensional de coordenadas, cada una de ellas ligada a la distribución de una especie de capital diferente” (Gutiérrez 1997:86). De esta forma, el espacio social es algo así como un espacio de espacios, en tanto integración de campos en sí mismos definidos como espacios relacionales. Al mismo tiempo, destaca Bourdieu (1993) una estrecha relación entre el espacio físico y el espacio social como partes del proceso de la reproducción social. Los agentes sociales se constituyen “en” y “por” sus relaciones con el espacio social, invistiendo de sentido material y simbólico al espacio físico. Si bien en el espacio físico las distancias sociales se presentan como una expresión naturalizada del propio espacio, tales distancias son socialmente construidas y sirven a la reproducción de las distancias observadas. En este sentido, la durabilidad de la estructura social se debe, entre otros motivos, a la fuerza de dicho anclaje en el espacio físico.

TERRITORIO

Kollman, retomando a Murphy, afirma que “las sociedades se definen territorialmente y su identidad social está, al menos en gran escala, atada a la filiación territorial” (Kollman 2005: 3). Esto compromete una gran porción del desarrollo social, a saber, la identidad colectiva como una construcción histórica que se anuda a un lugar, un “ser de acá” como condición a la posibilidad misma de ser. En ese sentido, el territorio como categoría vacía (que representa un espacio concreto más allá de su forma real) aparece como base para procesos simbólicos polisémicos que no operan en la nada, y que por lo tanto, cabe analizar en iguales términos (es decir, en forma territorializada).

En este plano, el espacio no es ya un todo subyacente, un conjunto de ejes dentro de los cuales operan los objetos y el pensamiento mismo, sino que aparece materializado en el territorio como marcas concretas, como zonas o categorías que los sujetos pueden referenciar como ayuda para referenciarse a sí mismas. El territorio como definición de la pertenencia a un todo, pero también, como un objeto propio siempre en pugna. A este respecto, Panaia introduce que:

“Tres elementos condicionan permanente un territorio: la apropiación del espacio; el poder y la frontera. (...) El territorio resulta de la apropiación y valorización del espacio y éstas pueden ser: de carácter instrumental-funcional o de carácter simbólico-expresivo. En un caso, lo que predomina es la explotación económica o geopolítica y en el otro lo que se acumula es una sedimentación simbólico-cultural” (Panaia 2005: 230).

Vemos nuevamente la dimensión simbólica y de apropiación como vectores que operan sobre el territorio, procurando demarcaciones de fronteras –y su posterior mantenimiento– tanto como estrategias orientadas al control de recursos, como en su función no menos vital de la producción simbólica de la identidad cultural-colectiva.

Al mismo, como apareciera de manifiesto en la relación entre espacio físico y espacio social, la apropiación simbólica y material de los territorios produce transformaciones en ellos. Dice Girbal-Blacha:

“La interdependencia del hombre con su medio ambientes es un dato incontrastable que rechaza todo determinismo reduccionista. Existe una producción social del espacio territorial de orden natural que genera diferencias interregionales”. Girbal-Blacha (2004: 178).

El territorio, eventualmente homogéneo, es también objeto de la transformación que su apropiación provoca, y es, en tanto terreno transformado, origen para nuevas simbologías y fronteras que emergen de la heterogeneidad así construida.

REGIÓN

La construcción regional, y el conocimiento de las regiones por ella definida, son centrales en el trabajo del geógrafo, según afirma Julliard. Al respecto, afirma que “la síntesis regional (..) es la realización última del trabajo del geógrafo, el único terreno en el que alcanza su plena identidad” (1982: 289).

De esta forma nos introducimos en el problema de la región, como unidad de trabajo territorialmente situado que, a la vez que preocupación central del geógrafo, es una categoría de gran potencia para introducir en las demás ciencias del hombre (tales que la historia, la sociología o la antropología) las cuestiones tanto de la localización como de la filiación espaciales.

Dentro de la definición de la región aparece –en el contexto de una epistemología del espacio como sustrato, condicionante y huella de la actividad humana– la necesidad de superar recortes reificados de manera acrítica, que persistieron y persisten en estudios de ciencias sociales con apoyo en accidentes geográficos ‘naturales’. Estos modelos han sido cuestionados por la necesidad de poder reconocer regiones que dieran cuenta más de

conglomeraciones sociales (históricas, económicas, políticas) antes que de regularidades climáticas o topográficas.

Julliard propone para este fin el reabordaje de las regiones desde un criterio de integración social. Dice al respecto:

“... existen pues dos principios de unidad regional. Uno se base en un criterio de uniformidad, es el paisaje, el otro en un criterio de cohesión, en la acción coordinada de un centro. Los territorios individualizados de esta segunda forma se caracterizan menos por su fisionomía que por su función”. (Julliard 1982: 293)

A partir de esto, plantea la necesidad de comprender e incorporar un ‘espacio funcional’ al campo del análisis, el cual puede ser observado desde una lógica proveniente de lazos creados en múltiples dimensiones (comerciales, productivas, sociales y políticas). Por este principio, nos dice, “el espacio no ya como una yuxtaposición de áreas más o menos extensas, sino como el campo de acción de flujos de todo orden” (1982: 293).

De esta forma, Julliard postula una regionalización a partir de centros que organicen el funcionamiento espacial según sus flujos e intercambios en la actividad humana. Estas regiones al mismo tiempo que se espera cuenten con altos grados relativos de autonomía hacia su interior. La misma queda constituida como producto de la complementariedad de partes que se deriva de su heterogeneidad, y no de un criterio de homogeneidad (que caracterizaba a las regiones ‘naturales’ instituidas en torno a continuos climáticos, de cultivos, geográficos, etc.).

Esto sitúa prevalencia de los flujos por sobre el ‘paisaje’ y coloca a los centros urbanos como núcleos de espacios conectados pero pasibles de ser segmentados (en términos de regiones). De esta forma, “el análisis regional no se apoya ya en el descubrimiento de espacios uniformes, sino en el estudio de la jerarquía de los centros, de la densidad y de la intensidad de los flujos” (1982: 295).

Pierre Dumond (1982: 453-459) aporta un abordaje complementario al de Julliard para el problema de lo regional. Para esto expone seis ejes (‘proposiciones’) de los cuales resumiré algunos aspectos.

Por una parte, las regiones son entidades que cubren la totalidad del espacio, es decir, que todo punto pertenece a ‘al menos’ una región. Las mismas se encuentran atravesadas de relaciones a su interior, de carácter horizontal y vertical.

Es interesante destacar la salvedad que realiza de ‘al menos una región’, abriendo la posibilidad a regiones superpuestas en el espacio a diferentes escalas. En este sentido, desarrolla la cuestión de la escala regional, identificando filiaciones en niveles de agregación dispar para un mismo territorio.

Al mismo tiempo, cada una de ellas es considerada como un sistema complejo abierto, es decir, no hay supuestos de homogeneidad a su interior, sino más bien de división y especialización. El sistema, asimismo, consume energía de su entorno, siendo mencionadas también las migraciones como un flujo humano que el sistema intercambia con su entorno.

Por otra parte, cada región perdura gracias a una fuerza particular, que es su cohesión espacio-temporal. Respecto a esta cohesión de cada región destaca dos soportes

diferenciados: el funcional, en el cual se destacan las relaciones de motivación económica, y el cultural, que opera según Dumond particularmente en el armado de las estructuras de comunidad en las regiones.

Por último, cabe destacar en Dumond un atractivo enfoque de la región como articulador macro-micro, en tanto es atravesada como se dijo anteriormente por relaciones horizontales y verticales. Estas son definidas de modo que: “entre cada punto de la región, dotado de una estructura vertical, y todos los demás, existen relaciones horizontales (espaciales), directas o indirectas. La región se produce por la articulación y el ajuste de dos tipos de estructuras; regionalizar consiste en encontrar, sobre la base de la estructuras verticales, una relación entre lugares o un orden en le conjunto de la relaciones horizontales” (1982: 453-454).

REDES SOCIALES Y REDES PERSONALES

Los estudios de redes sociales se caracterizan por tomar como punto de partida el nivel de los vínculos, buscando reconstruir a partir de allí estructuras o fenómenos relacionales no siempre visibles ya desde el nivel individual, ya desde el nivel institucional o agregado.

El desarrollo de herramientas de recolección así como de análisis para el trabajo con redes sociales, fueron sin duda pasos necesarios para que esta estrategia de investigación pueda ser aplicada en estudios más sustantivos y complejos. Estos avances van desde la teoría de grafos hasta la construcción de tipologías de redes, donde se diferencias de las redes aleatorias las redes ‘small world’ y las redes libres de escala.

La irrupción de los estudios sobre redes sociales sucede a la par de transformaciones en el tejido social que dan particular relevancia a este tipo de enfoques. Dice Girbal-Blacha al respecto:

“El hombre es el sujeto del proceso histórico y existen modelos diversos de funcionamiento social. En los últimos dos decenios se ha insistido en que ‘el actor social ha vuelto a escena’ (Touraine, 1987). El anuncio se hace cuando se da un cambio en la escala del análisis histórico, es decir, cuando micro historia y construcción social están en el centro de las discusiones metodológicas. El individuo, ya no es visto –conforme a una visión estructural– como una concatenación de variables (origen, instrucción, ocupación) sino como una concatenación de relaciones: como integrante de una red social” (Girbal-Blacha 2004: 179)

En contextos sociales donde las delimitaciones institucionales, regionales y funcionales son cada vez más difusas (y en ello, la identidad se abre como un elemento en crisis) el análisis de redes sociales se ofrece como una técnica que a priori no impone ni precisa fronteras rígidas. Con frecuencia, los análisis de redes sociales permiten captar espacios no totalmente delimitables a priori, es decir, la magnitud y ramificaciones de la red bien puede ser parte de los objetivos de un estudio de estas características.

En el marco de los estudios de redes personales, las experiencias también son ricas y variadas (Van der Poel 1993, Wellman y Potter 1999, Grossetti 2005). Sin embargo, el riesgo de producir una desconexión entre las redes (como grupos de vínculos) y su soporte material – particularmente territorial– aparece con igual fuerza que en cualquier otra clase de estrategia de aproximación a un problema social. Incluso si puede parecer un hecho de por sí evidente la vinculación entre relaciones sociales y espacio material, los matices y mecanismos sobre

cómo opera el espacio (en tanto condicionante y posibilitador) en/con las relaciones sociales es un hecho que se mantiene opaco en los resultados más frecuentes.

CONCLUSIONES

Se han revisado sucintamente algunos abordajes sobre lo espacial y lo territorial a partir de diferentes enfoques teóricos. En articulación con ello, se introdujo el desarrollo de los estudios de redes sociales y redes personales como un grupo de esfuerzos no necesariamente coordinados con los primeros pero sí conexos en sus motivaciones. Ambos conjuntos procuran realzar la importancia del entorno y de la posición estructural de los fenómenos y actores en la investigación social (por oposición a perspectivas dónde solamente se contemplan atributos individuales de los sujetos involucrados a la hora de explicar procesos sociales).

Si las regiones de los geógrafos e historiadores se vuelven crecientemente sistemas relacionales, que dan cuenta de lazos culturales y funcionales, los lazos concretos interpersonales sin duda tienen lugar en la explicación de cómo esos lazos culturales (identitarios) se construyen y sostienen, así como de igual forma los lazos funcionales (económicos).

Al mismo tiempo, es decisivo que el análisis de redes sociales no abandone la dimensión territorial y social, a riesgo de volver el análisis reticular una abstracción intangible de coeficientes sintéticos incapaces de señalar el cómo o el dónde de los procesos que transcurren al interior de estas estructuras reticulares.

De esta forma, la posibilidad se ve abierta a que los estudios regionales puedan enriquecerse de lo aprendido en el análisis de redes sociales (y dentro de él, del de las redes personales), al mismo tiempo que el análisis de redes debe poder responder a las preocupaciones y aprendizajes de las miradas regionales. El territorio y las regiones en las que pueden enmarcarse las redes –o en que las redes pueden conectar– no pueden ser tomados como entidades ni naturales, ni estáticas ni carentes de sentido social y político. Como alertaron los diferentes autores referidos, la región es socialmente construida (concreta y analíticamente), y de igual modo el análisis de sus redes sociales debe captar la complejidad regional que es entorno y objeto de la red.

De cara al análisis de las redes sociales, la perspectiva regional facilita un marco complejo y promisorio para la segmentación de estas redes. ¿Dónde empiezan y terminan las redes? En un mundo crecientemente ‘conectado’, esta pregunta se vuelve cada vez más problemática, habida cuenta de la imperiosa necesidad de poder encontrar unidades de análisis pertinentes, teórica y metodológicamente accesibles para el estudio de los fenómenos abordados.

Bibliografía

- Blau P. (1964). Exchange and power in social life. Wiley, Nueva York.
- Bourdieu, P. (1993). “Efectos de lugar”. En La miseria del mundo. Fondo de Cultura Económica, México.

- Brunhes (1982). "El carácter propio y el carácter complejo de los hechos de la geografía humana". En El pensamiento geográfico. Estudio interpretativo y antología de textos, Gómez Mendoza J., Muñoz Jiménez J. y Ortega Cantero N. (comps). Alianza, Madrid (252-265).
- De Grande P. (2007). "Redes personales y espacio urbano". XXVI International Sunbelt Social Network Conference, Mayo, Corfú.
- Dumond P. (1982). "Región y regionalización. Una aproximación sistémica". En El pensamiento geográfico. Estudio interpretativo y antología de textos, Gómez Mendoza J., Muñoz Jiménez J. y Ortega Cantero N. (comps). Alianza, Madrid (252-265).
- Fabiani J. (2005). "Las reglas del campo". En El trabajo sociológico de Pierre Bourdieu, Lahire B. (comp.), Siglo XXI Editores, Buenos Aires.
- Girbal-Blacha N. (2004). "Espacios regional, sujetos sociales y políticas públicas". En Estudios. Revista del Centro de Estudios Avanzados, Nro. 15 (171-186).
- Gravano A. (2005). El barrio en la teoría social. Espacio, Buenos Aires.
- Grossetti M., 2005: "Where do social relations come from? A study of personal networks in the Toulouse area of France". Social Networks (27), 289-300.
- Gutiérrez A. (1997). Pierre Bourdieu. Las prácticas sociales. Editorial Universitaria, Posadas.
- Julliard E. (1982). "La región: ensayo de definición". En El pensamiento geográfico. Estudio interpretativo y antología de textos, Gómez Mendoza J., Muñoz Jiménez J. y Ortega Cantero N. (comps). Alianza, Madrid (252-265).
- Kollman M. (2005). "Una revisión de los conceptos de 'territorios equilibrados' y 'región'. Procesos de construcción y deconstrucción". En Theomai: estudios sobre sociedad, naturaleza y desarrollo, N° 11.
- Massey, D. S. y Denton, N. A. (1988). "The dimensions of residential segregation". Social Forces, 67 (2), 281-315.
- Michael, W. (1983). "The Measurement of Spatial Segregation". The American Journal of Sociology, 88 (5), 1008-1018.
- Panaia M. (2005). "Apuntes para la rediscusión del concepto de región". En Revista de estudios regionales y mercado de trabajo, Nro. 1, (225-246).
- Peláez, E. (2006). "Selectividad residencial de los adultos mayores en la ciudad de Córdoba". Astrolabio, 3.
- Van der Poel, M., 1993: "Delineating personal support networks". Social Networks, 15(1), 49-70.
- Wellman B. y Potter S., 1999 : "The elements of personal communities", en Networks in the Global Village, Westview Press, 49-81.